

El día en que por fin S. E. debió rendir tributo a la madre tierra, la nación agradecida decidió que no debía entregarse su cuerpo a la corrupción, y mandó que unos sabios cirujanos traídos del Gorcas Memorial Hospital de la Zona del Canal lo embalsamaran de modo que sus carnes resistieran per secula seculorum, como dijo el Ministro de Policía, Justicia y Gracia en su oración fúnebre.

Los funerales de Estado se cumplieron merecidamente, y el cuerpo de S. E., relleno de algodón en rama, fue paseado en andas descubiertas durante varios días, unas veces vestido con el uniforme militar de gala de comandante de todas las fuerzas de tierra, mar y aire; otras con toga romana y corona de lauros, en premio a sus virtudes republicanas; y finalmente con el traje de apache que gustaba lucir en las festividades del día de la raza, con el que fue enterrado.

A los muchos años, entre las ruinas de un terrible terremoto que había destruido la ciudad capital, los volatineros del Circo Atayde, uno de los tantos que para esos días acampaban entre los escombros a fin de divertir a la población damnificada, se encontraron en lo oscuro con la momia de S. E. vestido de apache, intacta como en el día de sus funerales, que había sido arrastrada desde su cripta rota, en las aguas de una corriente de lluvia.

La momia del apache, como empezó a llamársele, fue exhibida con éxito por todos los países de Centroamérica bajo la carpa del Circo Atayde, anunciada como una de las principales atracciones, el cual la vendió luego al Ringler Brothers Circus, que no solo la paseó triunfalmente por todo el medio oeste de los Estados Unidos: la exhibió además en la Feria Mundial de Chicago, como prueba de la antigüedad de la civilización apache extendida hasta tierras del trópico, y la llevó a Inglaterra donde ocasionalmente la dio en préstamos a museos e instituciones antropológicas que se maravillaban de las técnicas de embalsamamiento usadas por los naturales de América, y sin deterioro sigue la momia su peregrinación, el rico penacho de plumas que le adorna la cabeza ya bastante apagado, y así va dentro de la urna que cruje cada vez que la levantan al trasladarse de sitio la caravana, sobre el cristal las moscas muertas y la saliva seca de algún escupitajo, rodeada por niños y adultos que después se alejan a admirar los camellos y las jirafas.